

Cuadernos de Discusión y Formación Política

EL GRITO DE CORDOBA Y LA UNION LATINOAMERICANA

LUIS VITALE

Conferencia pronunciada en la Universidad de Río Cuarto y en la Universidad nacional de Córdoba en el 70 aniversario de la Reforma Universitaria, junio 1988.

Ante todo, quiero manifestar que estoy muy agradecido —y emocionado— por la invitación que me ha hecho la comunidad universitaria para intercambiar ideas acerca del significado histórico de la Reforma Universitaria, precisamente en la provincia donde hace 70 años se lanzó aquel grito que estremeció a la América entera.

Rememoro en este instante solemne, con entrañable cariño los relatos que sobre ese acontecimiento memorable me hicieran Silvio Frondizi — el Frondizi bueno, asesinado por las tres A— José Luis Romero en su gabinete de estudio y en una carpintería que tenía al fondo de su casa de A —drogué, y Luis Franco, a quien recordamos hoy pocos días después de su muerte. Ellos me contaban sobre los testimonios que habían recogido de Los labios protagónicos de Alfredo Palacios, Alejandro Korn, Aníbal Pon ce y otros portaestandartes de la Reforma del 18.

Recuerdo también en este momento —luego de 30 años de ausencia de los pagos en que nací, tras un largo pero enriquecedor periplo por las tierras de Tupac Amaru, Bolívar y Martí— recuerdo, decía, mis primeros pasos por los anchos patios de la Universidad de La Plata y las apasionadas discusiones sobre la manera de actualizar e implementar una nueva reforma universitaria, cuando era dirigente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Humanidades, allá por el afta 1950.

Debo confesar que sólo me di cuenta cabal de la trascendencia universal de la Reforma Universitaria del 18 cuando en 1975, hablando de ella en una cátedra en la Escuela de Frankfurt, de Adorno y Horkheimer, los estudiantes alemanes no podían comprender cómo, en esta América Latina tan atrasada, se pudieron dar formas tan avanzadas y democráticas en el campo del saber y en la generación del poder. Y no podían creer la que hicimos hace 70 años porque las universidades de esos países, tan adelantados en la económico, siguieron siendo cuasi—feudales en su régimen universitario —disfrazados aún con toga y sentados en altos estrados para guardar distancia

autoritaria con los alumnos— hasta que fueron conmovidos por el mayo francés del 68, por aquellos jóvenes rebeldes que dije —ron ¡basta!, proclamando a los cuatro vientos de la “ciudad luz”: l’imagination au pauvoir, y el libertario emblema: “prohibido prohibir”.

No obstante, seguimos con las mentes colonizadas, como dijera Franz Fanon, pues todavía no nos atrevemos a decir que la Reforma Universitaria es un movimiento y una ideología de carácter universal, nacida en tierra latinoamericana, así como hoy lo es La Teología de la Liberación. Entonces, atrevámonos, comenzando con una ruptura epistemológica como la concepción eurocéntrica de la historia y del pensamiento para ir al rescate decidido y sin complejos ni prejuicios de nuestros originales apartes a la cultura mundial, desde las sociedades agro—alfareras, inca y azteca hasta la contemporaneidad.

Uno de ellos fue indiscutiblemente la Reforma Universitaria del 18, cuando en la Europa una guerra mundial cortaba de raíz “la belle époque” y la idea positivista comtiana de un progreso indefinido. Iniciada como un movimiento estudiantil en procura de cambios académico, se transformó, en el proceso de la lucha en un movimiento social. Más que una reforma fue el inicio de un cambio social revolucionario de carácter continental, que empalmaba con la revolución mejicana de Zapata y Pancho Villa, recogiendo las repercusiones de la revolución rusa del 17. Más que reformistas, los estudiantes cordobeses fueron históricamente revolucionarios.

La Reforma Universitaria comenzó en la ciudad de Córdoba, como con secuencia de peticiones de orden gremial y académico que el Rector se negó a satisfacer. Los estudiantes declararon entonces la huelga. El gobierno radical, presidido por Hipólito Yrigoyen —partidario de la filosofía política democratizante del kraussismo— envió como interventor a José Nicolás Matienzo, quien accedió a ciertas peticiones académicas. Enfervorizados con este avance, los estudiantes se lanzaron a la lucha por la democratización en la generación del poder universitario, apoyando desde la base la candidatura a rector del Dr. Martínez Paz. Los conservadores, nucleados en el grupo “Corda Frates”, levantaron un candidato, que logró el triunfo merced a una fuerte presión ideológica y económica. Ante esta frustración, los estudiantes declararon nuevamente la huelga, refrendada por un Manifiesto que con los años será conocido como “el grito de Córdoba”, en una fría pero prometedora mañana de junio de 1918.

La Reforma comenzó con el cuestionamiento de la estructura tradicional, tanto en lo académico como en la generación del poder, planteando el co—gobierno y la autonomía universitaria. Así se expresaban los estudiantes cordobeses: “Acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica (...) desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que

faltan(...) estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana(...) reclamamos un gobierno estrictamente democrático y el derecho a darnos el gobierno propio”.

Algunos de los puntos programáticos de la Reforma fueron absorbidos por la clase dominante, sobre todo aquellos relacionados con la modernización de la enseñanza, La burguesía y el Estado necesitaba en esa época un nuevo tipo de profesional, capaz de atender las nuevas industrias que surgían y las empresas agropecuarias en tren de modernización, a raíz del desarrollo del capitalismo agrario. El Estado necesitaba, así mismo, personal calificado para atender las nuevas obras de infraestructura que se estaban levantando, además de personal universitario idóneo para implementar los planes habitacionales, de salud y transporte.

Sería burdo afirmar —como lo han hecho varios autores— que los estudiantes hicieron la Reforma para servir a los objetivos de la burguesía industrial. Ocurrió que ellos levantaron ideales libertarios, tratando de ligar su lucha con la de los trabajadores, pero no alcanzaron plenamente sus blancos estratégicos.

Sectores de la clase dominante aprovecharon entonces la coyuntura para golpear a la vieja oligarquía en crisis, canalizando a su favor algunas reformas planteadas por el universitariado. Aceptaron, sobre todo, aquellos aspectos relacionados con la modernización de la enseñanza y la eliminación del dogma católico, creación de nuevas carreras científico—prácticas y un cierto tipo de elección de las autoridades universitarias con apariencia democrática, pero donde las votaciones fueron decididas por los profesores de ciertos niveles del escalafón. Obviamente, rechazaron el planteo central de la Reforma: el cuestionamiento en la generación del poder universitario y la democratización plena por la base en la elección de las autoridades. También combatieron todo intento de vincular la universidad con los problemas de la sociedad global. Razón tenía Germán Arciniegas cuando decía: “ La Universidad después de 1918 no fue lo que ha de ser, pero dejó de ser lo que había venido siendo”.

Estudiosos de la Reforma, como Gabriel del Mazo, han tratado de limitar los postulados del “grito de Córdoba” a la “docencia libre, modernización de la enseñanza y democratización del régimen administrativo en los planteles superiores”. La verdad es que el movimiento estudiantil perseguía cambios más profundos, tanto en la universitario como en el conjunto de la sociedad. Más aún, tuvo un proyecto latinoamericanista que alcanzó a expresarse en la formación de organismos continentales de lucha. Aunque en el Cono Sur no se crearon Universidades Populares, como la Universidad “José Martí” de Cuba y la Universidad “González Prada” de Perú, los estudiantes argentinos encontraron otras formas de relacionarse con los oprimidos en pos de la unidad obrero —estudiantil.

La Posición nacional—antiimperialista de importantes franjas del estudiantado se fue forjando, por un lado, como reacción a las intervenciones militares norteamericanas en Haití, República Dominicana y Nicaragua, y por otro a través de la influencia de las revoluciones Rusa y mejicana, que confluían con el ascenso del movimiento obrero y campesino en la mayoría de los países latinoamericanos.

La vanguardia estudiantil de 1918—25 formó parte del proceso de radicalización de las capas medias, que pugnaban por una mayor participación política y social. La izquierdización se agudizó a medida que el universitariado daba pasos firmes en el camino de la praxis consecuente. Portantiero señala en su libro **Estudiantes y política en América La tina. El proceso de Reforma Universitaria,p.72**, que “la retórica y la ampulosidad de las declaraciones de los líderes estudiantiles se transformó en acción cuando las fuerzas represivas atacaron las manifestaciones callejeras de los estudiantes”. Sin embargo, no coincidimos con este autor cuando sostiene enfáticamente que en el movimiento estudiantil se enfrentaron dos corrientes: el aprismo y el marxismo. Ante todo, es necesario aclarar que el aprismo surgió precisamente después y, en cierta medida, a raíz de la Reforma Universitaria. Por consiguiente, con excepción del Perú ,por la presencia de Haya de la Torre como presidente de la Federación de Estudiantes, en ningún otro país el aprismo fue una fuerza dentro del proceso de Reforma Universitaria.

En cuanto a que el marxismo fue la otra corriente predominante, habría que precisar el país. Cuando se inició la Reforma Universitaria no existía todavía estructurado ningún Partido Comunista, aunque había tendencias marxistas dentro de los Partidos Socialistas, las que influyeron en la radicalización de la Reforma, especialmente en Argentina, Uruguay, Chile y México. En el resto de los países ni siquiera existían Partidos Socialistas.

El anarquismo ejerció, asimismo, influencia importante en el estudiantado, sobre todo en el cono sur y en Cuba. Al analizar los textos de los Manifiestos de Reforma Universitaria se encuentra el estilo del discurso ácrata, especialmente en sus frases de contenido libertario, que tan magistralmente simbolizaron el peruano Manuel González Prada, los hermanos Flores Magón en México y en Chile José Santos González Vera.

Los errores de apreciación sobre las influencias políticas principales en la Reforma Universitaria preoienen de confundir Vanguardia con Movimiento estudiantil. En algún momento del proceso de Reforma, especialmente en la fase del auge, la vanguardia universitaria pudo representar al conjunto del estudiantado; pero en las fases del estancamiento o retroceso esa vanguardia quedó frecuentemente desfasada de las aspiraciones gremialistas coyunturales y, a veces conservadoras y meramente reformistas de la mayoría del universitariado. Esta situación se produjo cuando, luego de la conquista de ciertas reformas estrictamente académicas, los líderes de la vanguardia plantearon la tesis de la Revolución Universitaria, es decir, intentar transformar de raíz la

Universidad antes del triunfo de la revolución social. El líder universitario cubano Julio Antonio Mella advirtió a tiempo: para hacer la Reforma Universitaria integral hay que hacer primero la transformación social de fondo.

LA UNION LATINOAMERICANA

El movimiento estudiantil tuvo desde el comienzo de la Reforma un carácter latinoamericanista, pues el Manifiesto mencionado estaba dirigido a “los hombres libres de Sudamérica”: “La redención de las juventudes americanas es nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son —y dolorosas— de todo el continente (...) La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación, saluda a los compañeros de la América toda y los incita a colaborar en la obra de la libertad que iniciamos”.

Este reencuentro de Argentina con América Latina, retomando la tradición de Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, el Libertador José de San Martín y de mujeres como Juana Azurduy, se mediatizó posteriormente con ese mitrismo a espaldas de los indios, mestizos y negros de nuestra América indo-afro-latina, hasta que sobrevino la reciente guerra de las Malvinas, momento crucial en que el pueblo argentino se dio cuenta de que únicos y verdaderos aliados son los pueblos latinoamericanos.

El sentir latinoamericanista del “grito de Córdoba” era el reflejo del contexto político continental que se vivía, caracterizado por las reiteradas agresivas e invasiones norteamericanas a Centroamérica y el Caribe, cometidas entre 1890 y 1920. Esta política expansionista de los Estados Unidos, tanto económica como territorial, provocó el surgimiento de una poderosa corriente nacional—antiimperialista y la emergencia de pensadores de la talla de Manuel Ugarte, José María Vargas Vila, Rufino Blanco Fombona, José Rodó, José Ingenieros y otros, que influyeron decisivamente en la nueva generación estudiantil. Por eso en las declaraciones de los líderes de la Reforma Universitaria se encuentran frecuentes llamados a la unidad latinoamericana. Estos llamados no se quedaron en el papel. En 1921 se realizó en México el Congreso Internacional de Estudiantes Latinoamericanos; posteriormente varios de estos dirigentes universitarios formaron La Unión Latinoamericana en 1925, respaldada por José Ingenieros y José Vasconcelos.

En su libro **Ante los Bárbaros**, Vargas Vila decía con su estilo apasionado y por momentos incendiario: “Bolívar dio la palabra salva dora, en los espasmos de la muerte envuelto en las brumas augura —les de su inmortalidad; UNION, UNION, UNION, así dijo el Genio moribundo; unión de Méjico y de los pueblos de Centroamérica en una gran Confederación; unión, liga ofensiva y defensiva de los fragmentos de la Antigua Colombia (...) unión del Perú y Bolivia, las

dos hijas gloriosas de Ayacucho; unión de Chile y los pueblos del Plata; unión por todo el continente.

Su coetáneo, el argentino Manuel Ugarte precisaba este concepto: “Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, mas unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos Repúblicas más opuestas de la América Latina hay menos diferencia y menos hostilidad que entre las provincias de España o dos estados de Austria. —Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, sí los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos, son entre los gobiernos” (**La Nación Latinoamericana**, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, p. 4).

José Ingenieros fijó entonces una clara posición frente a la doctrina Monroe: “No somos, no queremos ser más, no podemos seguir siendo panamericanista. La famosa doctrina Monroe, que pudo percernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenir”. También puso de manifiesto las inconsecuencias yanquis en relación a su famosa doctrina: “¿Impusieron los norteamericanos la doctrina Monroe en 1833 cuando Inglaterra ocupó las Islas Malvinas, pertenecientes a la Argentina?. ¿La impusieron en los siguientes años, cuando el almirante Leblanc bloqueó los puertos del Río de la Plata?. ¿Y en 1861, cuando España reconquistó a Santo Domingo?. ¿Y en 1864 cuando Napoleón III fundó en México el imperio de Maximiliano de Austria?”. Ahora, nosotros preguntaríamos lo mismo respecto de la actividad de Estados Unidos con ocasión de la guerra de las Malvinas por su apoyo ideológico y material al colonialismo inglés.

Ingenieros también fue partidario de retomar la lucha por la unidad latinoamericana ante la nueva ofensiva imperial: “ Creemos —decía— que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisos y alabar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos) o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latinoamericana (América para los latinoamericanos) (**El Pensamiento revolucionario de José Ingenieros**, Ed, EDUCA, San José de Costa Rica, 1972, p. 127)

Este vibrante llamado está más vigente que nunca a los 70 años de la Reforma Universitaria: los latinoamericanos debemos unirnos para enfrentar el flagelo de una deuda externa de por sí impagable, una deuda que por lo demás ya hemos pagado con creces desde las amortizaciones e intereses del empréstito Baring de 1824 hasta la actualidad.

Si entabláramos un diálogo imaginario con uno de los protagonistas de la Reforma Universitario del 18 quizás nos preguntaría qué hemos hecho para garantizar la autonomía académica y territorial, y tendríamos que responderle francamente: muy poco, ya sea por la represión que hemos sufrido o por autorepresión, que a veces es peor. Si ese estudiante cordobés preguntara,

pidiendo cuentas, que han hecho los estudiantes para consolidar los espacios ganados por el movimiento reformista del 18 en cuanto al co-gobierno y la generación del poder desde la base de la comunidad universitaria, habría que confesar derechamente que casi nada. Podríamos justificarnos respondiéndole que sufrimos innumerables dictaduras militares, desde el golpe de Uruburu en 1930 hasta el de Videla en 1976, que nos impidieron ser consecuentes con el “ grito de Córdoba”.

De todos modos, no vale la pena lamentarse solamente, ni golpearse el pecho con actitudes masoquistas. La autocrítica es sana siempre y cuando haya la decisión de enmendar errores para marchar adelante, porque como dijera el poeta Machado y luego Joan Manuel Serrat: “El camino se hace al andar”. Si lo recorrimos maltrechos, podemos tomar este anhelado atajo actual de la historia argentina para ganar rápidamente nuevos espacios democráticos que, respetando el pluralismo ideológico, acorten el camino o al menos permita recuperar el tiempo perdido.

Todavía tenemos tiempo para implementar el legado del 18. Debemos ponernos ya, manos a la obra, desde este minuto tan solemne, inspirado en el ejemplo de los cordobeses del 18. En marcha entonces, a investigar y enseñar, a aprender enseñando y a enseñar aprendiendo, a estudiar y luchar, a estudiar sin dejar nunca de luchar, como lo hizo aquel argentino-latinoamericano que correteó por los cerros cordobeses en su juventud, ese argentino insigne que hoy celebramos el 60 aniversario de su nacimiento: **Ernesto Guevara**. Que los próximos onomásticos de la Reforma Universitaria nos permitan decirles a los muchachos cordobeses del 18: sí, estamos cumpliendo con vuestro legado.